



San Ignacio del Masparro, 11 de julio de 1985

R.P.  
FAUSTINO MARTINEZ DE OLCOZ, S.J.  
**Pamplona.**

Querido Faustino:

Proseguimos nuestro viaje de búsqueda.

Hay que ir con prudencia, pues chocar con una vaca a cierta velocidad, puede traer casi tan malas consecuencias, como hacerlo contra un árbol o una roca.

La mañana es preciosa y pareciera cargada de esperanzas. En los montes verdes destacan las peñas oscuras, algunas formando farallones, pero las más, como enormes piedras de color chocolate, que resaltan en las praderas y en los pequeños bosquecillos.

Este es un camino de esperanzados. Por aquí han pasado todos los mineros del Guaniamo con la esperanza de un tesoro de diamantes. Saben de antemano, que el trabajo es terriblemente duro, pero el señuelo de la riqueza fácil, los alucina y los magnetiza.

Hoy es un comentario en la mina, que un grupo de nueve jóvenes ha encontrado un diamante evaluado en sesenta mil bolívares. Claro que a cada uno le tocan solamente seis mil seiscientos bolívares. Pero todos fantasean con la quimera de hallar otro mucho mayor y para uno solo.

Adelantamos a un motociclista, que lleva cargada su máquina, más que burro de gitano.

Es un hombre joven. Lleva terciado a la espalda algo que parece más un pesado saco, que un morral. En la parrilla de delante lleva otro gran bulto y para completar la carga, otro mayor en la parte de atrás de la moto, que

marcha como aplastada y ahogándose con el peso.

No parece un campesino, sino más bien un buscador de diamantes que va cargado desde Caicara a su escondido rincón minero, con provisiones y quizá con algunas herramientas.

Por este mismo camino han pasado ya hace tiempo las mujeres fáciles, que explotan a los mineros e infectan todos sus campamentos. También los comerciantes que les venden a precio de oro la comida, la ropa, los licores, el combustible, para sus bombas y las cosas más necesarias, como los materiales de construcción, para sus viviendas.

¿Qué le queda después de todo al ansioso minero...? Mucho trabajo extenuante, mucha fatiga, algún éxito largamente buscado y el derroche en días de parranda, cuando vuelve a la ciudad a malbaratar lo que atesoró con tantos sacrificios.

Los diamantes se van por las vías internacionales, dejando muy poca cosecha en Venezuela. Todos tienen aquí la persuasión de que la mayor cantidad, pasa las fronteras de Brasil y Colombia, buscando los grandes mercados de Amberes, Ámsterdam y Londres, además de Israel.

La fiebre de los diamantes y del oro pasará y quedará la sufrida tierra, que ha visto tantas locuras. La tierra y sus frutos permanentes quedarán para siempre. Y con la tierra quedarán los hombres más o menos aleccionados por sus fracasos.

Por eso, Faustino, nosotros buscamos tierra y hombres.

Cuando la nueva generación se ría del estuendoso fracaso de sus padres y abuelos, estaremos en mejores condiciones de enseñarles el trabajo asiduo y técnico, que constru-

ye siempre prosperidad y futuro. Estaremos también en mejor coyuntura, para pensar en una transformación cristiana.

Vamos buscando tierra y tierra de esperanza sólida. Buscamos tierras fértiles o que puedan volverse tales, buscamos agua, que vivifique las tierras de labor y de pastos, buscamos bosques en este País de grandes bosques vírgenes.

¿Las encontraremos...? ¿Alguien nos las donará...? ¿Las compraremos para transformarlas...? ¿Nos las querrán vender...? ¿Habrá cooperadores, que nos ayuden a adquirirlas y a ponerlas en capacidad de cultivo... y de servicio...?

Corremos envueltos en la hermosura del paisaje guayanés y vuela con nosotros nuestra gran bandada de ilusiones y proyectos.

Entretanto llegamos a la orilla del turbio Guaniamo, que ensucian las minas. El río es ancho y no tiene puente. Hace sus veces una chalana bastante amplia. Eso es lo más frecuente en estas carreteras y en estos grandes ríos que fluyen hacia el Orinoco. Los puentes que faltan de las carreteras, que hemos recorrido en estos días pasados, costarían muchos miles de millones.

Al otro lado hay unos treinta kilómetros de asfalto, después de un largo recorrido de carretera destapada. Van apareciendo pequeños poblados. No recuerdo bien el orden, pero me llamaron la atención los nombres pintorescos: la Salvación, el Candado, el Milagro, la Caracolita, la Flojera y la Culebra. Las casas son pequeñas en general y de materiales provisionales, como cartón, latas de potes de manteca o de barriles de petróleo.

Todo parece improvisado y sin idea de permanencia. Da la impresión de que al agotarse el diamante, todo quedará abandonado.

Se ven al borde de la carretera los cortes y barrancos excavados por los mineros. Trabajan con bombas, que lanzan fuertes chorros a gran presión sobre los taludes arcilloso-arenosos.

Estos chorros perforan arrastrando con su corriente todo el material, que otra bomba lleva

a las máquinas lavadoras, donde quedan los diamantes en los diversos cedazos.

Trabajan en general en pequeñas cuadrillas, teniendo una participación estipulada, para el dueño o los dueños de estas máquinas y para los simples trabajadores.

Tuvimos curiosidad de conocer alguno de los compradores. Nos habló la gente de dos, que son ambos brasileros. Uno se llama Sadí y el otro Pata de Palo, por ser cojo y con pata de madera.

Tuvimos tiempo para entrar en el tenderete de Sadí. Tiene tipo árabe. Nos mostró su colección de diamantes pequeños y algunos medianos. Pesó algunos en su balancita y nos dio los precios.

Mi compañero de viaje, Eugenio Vaccarotto, se interesó mucho, pues es nuestro Profesor de Joyería en Mérida. Al fin Sadí le regaló dos diamantes pequeños, con lo que Eugenio salió bien impresionado de la generosidad de Sadí.

Yo le pregunté si era cristiano, pues detrás de su mesa de transacciones, tenía un tapicito del Sagrado Corazón. Me contestó afirmativamente, por lo que pienso que aunque emigrado al Brasil él o su familia son de origen libanés.

Pasamos por el puesto de la Guardia y nos detuvimos unos momentos para conversar y preguntarles por el tipo de población. Los más numerosos son los brasileros, los colombianos y naturalmente, los venezolanos. Según los Guardias los más tranquilos y pacíficos son los mineros brasileros o garimpeiros y los más peleones los colombianos y venezolanos. Se llaman garimpeiros, porque su instrumento de trabajo es la garimpa para cernir las arenas diamantíferas.

Dejamos el Guaniamo con cierta tristeza, pues la tierra por allí se vuelve áspera y mucho menos bucólica, que en la mayor parte de nuestro recorrido anterior. Los terrenos nos parecen muy pobres, los pastos ralos y ya asoma el bosque grande. No creo que encontremos nada muy apetecible por ahí cerca.

Al día siguiente nos propusimos realizar un recorrido desde Caicara hasta Puerto Ayacu-

cho, capital del llamado Territorio Amazonas de Venezuela. Una parte de este extenso Territorio, que abarca ciento setenta y cinco mil kilómetros cuadrados (la tercera parte de España), vierte sus aguas al río Negro afluente del Amazonas. Es la parte más sureña de Venezuela. Está confiada al cuidado apostólico de los Salesianos y en un pequeño sector trabajan unos pocos Jesuitas.

El Territorio Amazonas se llama así, porque no llega a la categoría de Estado, por falta de población y de desarrollo. Basta decir que algunas estadísticas le dan sólo cuarenta y cinco mil habitantes, aunque la estimación de los PP. Salesianos es de unos ochenta mil.

La carretera de Caicara a Puerto Ayacucho (350 km) está en construcción, a cargo en buena parte de un Batallón de Ingenieros del Ejército venezolano. Tiene un pedazo asfaltado a partir de Caicara. No recuerdo con exactitud la longitud del tramo de asfalto. Hay otro pequeño sector intermedio y unos ochenta km desde enfrente de Puerto Páez, en la confluencia del Meta con el Orinoco, hasta el propio Puerto Ayacucho.

Pasamos delante de las imponentes cataratas de los ríos Chiviripa y Maniapure, que se ven desde la carretera. Parece que en verano se puede llegar hasta el pie de ambas, pero no tendrán tanta agua como ahora.

En Maniapure está el Campamento del Batallón que construye la carretera. Cerca hay un restaurante muy rústico donde tomamos un café con un bocadillo, que nos habían preparado las Hermanas de Caicara. Tiene un nombre muy repostero. Se llama: Los Biscochuelos.

Con esto nos vamos acercando al poblado de Túriba donde reside habitualmente el Padre Gonzalo Tosantos, sacerdote diocesano bilbaíno, de quien se hacen lenguas las Hermanas Lauras, las de la Consolación y las Concepcionistas, como hombre abnegado, que atiende, él solo, una enorme zona, mayor que muchas diócesis juntas de España y que no tiene sacerdotes. Vive en extrema pobreza, dedicado especialmente a la evangelización de los Panares. Habla su lengua, trabajando en gran soledad y sin recursos, cuando los

Evangélicos están dotados de abundantes medios, para su distorsionador proselitismo.

Tenía yo un gran deseo de conocer al P. Gonzalo Tosantos, para escuchar sus consejos, sobre lo que pudiéramos realizar en esta zona.

Deseo ofrecerle toda la ayuda que pueda prestarle Fe y Alegría, en el aspecto educativo, pues opino que la mejor barrera, que podemos oponer a estos protestantes sectarios y fanáticamente desequilibrados y peligrosos, como son los llamados de las Nuevas Tribus, es la Educación Popular seria, prolongada, profesional y cristiana.

Fue una lástima no haberlo encontrado, pues acababa de viajar a España. Sin embargo pude saber la dirección de su actual residencia, durante estos meses: Avenida del Ángel 16, Guecho-Vizcaya.

Espero escribirle dentro de pocos días, para empezar a comunicarme con él.

Siguiendo nuestro recorrido pasamos al río Suapure en la chalana y poco después llegamos a Los Pijiguaos de cuyo lugar tengo muchas cosas que contarte.

No pudimos entrar a La Urbana, lugar sobre el Orinoco, donde residen dos Hermanas Concepcionistas.

Estas dos valerosas Hermanas son las verdaderas Adelantadas Misioneras, con las que deberíamos contar, para cualquier cosa, que hiciéramos en La Urbana y en Los Pijiguaos, que va a ser un importante núcleo de desarrollo. Espero poder hablar con la Madre Provincial de las Concepcionistas para idear con ella el proyecto factible en esa gran extensión, abandonada todavía al fanatismo de las llamadas Nuevas Tribus.

Te voy a comentar ahora algo sobre mis primeras impresiones referentes a Los Pijiguaos.

En este lugar o más propiamente en un sitio cercano llamado Trapichote han descubierto los geólogos una gran mina de bauxita. Esto le permite a Venezuela integrar de manera independiente toda una potente industria del aluminio. Hasta ahora las Plantas Industriales, para la producción de aluminio están en Ciu-

dad Guayana y trabajan a base de bauxita importada de Jamaica y de Surinam (antigua Guayana Holandesa). La bauxita de Los Pijiguaos, cuenta ya con un proyecto y con un presupuesto muy abultado del Gobierno Venezolano, para una próxima ejecución.

Ya los trabajos de infraestructura han comenzado con la carretera, que será asfaltada, parece que en el próximo año. También ya han construido una pista de aterrizaje de mil cuatrocientos metros y empiezan a levantar un pueblo, que tendrá unos tres mil o cuatro mil habitantes con empleos seguros.

Preguntamos al entrar en Los Pijiguaos quién era el Director. Nos dijeron que el Ingeniero Jefe de Campo era Juan Vicente Arévalo. Yo le venía comentando a mi compañero Eugenio, que esperaba encontrarme en esta Empresa tan importante algún Ingeniero de la Universidad Católica Andrés Bello de Caracas, donde yo había sido Profesor seis años.

Al oír el nombre del Ingeniero Arévalo me saltó de alegría el corazón, pues era uno de mis antiguos discípulos del que tenía los mejores recuerdos.

Supe más. El Director de la Compañía de Bauxita Venezolana, era otro antiguo alumno del Colegio San José de Mérida y de la Universidad Católica, el Ingeniero Héctor Soucy. No sólo él era conocido mío, sino también su familia y sobre todo su padre, Pablo Soucy.

Aunque tanto Arévalo como Soucy estaban en esos momentos ausentes, ya esta noticia la catalogué, como el gran hallazgo de nuestro viaje. Es decir que podría hablar con ellos sobre el plan de realizar una Escuela Profesional, con acento especial en lo agropecuario forestal, pues estaba seguro de que tendrían en medio del gran Proyecto de Los Pijiguaos, algún capítulo muy importante, consagrado a la Educación de los hijos de sus obreros y de la población de los alrededores.

Así fue, como te lo contaré en la carta siguiente, ya que pude encontrarme con Juan Vicente Arévalo en Ciudad Guayana, donde hablamos de este tema.

Quiero darte en esta carta algunos datos sobre el yacimiento de bauxita y sobre su organización, pues te ayudarán a comprender

mejor lo que pudiera hacer Fe y Alegría, en este lugar que va a constituir un polo de desarrollo.

El yacimiento está constituido por una capa de un espesor entre los siete y los ocho metros, pero de muchos kilómetros cuadrados. Está situado entre los 600 y los 700 metros de altura, sobre el nivel del mar. Las reservas evaluadas hasta la fecha, superan los 200 millones de toneladas, pero existe una cantidad enormemente mayor que se estima en miles de millones de toneladas de bauxita semejante, que forman la prolongación de las reservas ya cubicadas.

El proyecto se ha fijado en una extracción anual de tres millones de toneladas, ampliable a cuatro y medio millones.

El mineral va a ser trabajado a cielo abierto, conducido a una planta de trituración mediante una cinta transportadora y de este patio de acumulación por medio de un ferrocarril que se está ya construyendo, hasta un punto de orilla del Orinoco a cincuenta y cuatro kilómetros de distancia. Ahí se va a trazar un puerto desde el cual en trenes de gabarras de quince mil toneladas cada uno, serán arrastradas por remolcadores y harán un camino fluvial de seiscientos setenta kilómetros hasta Ciudad Guayana, donde están las industrias que procesan la bauxita.

Te doy, Faustino, estos datos porque te explican de un modo somero la importancia de Los Pijiguaos y más concretamente la del paraje llamado Trapichote, donde va una población inicial de cuatro mil almas.

Me temo que como todos los lugares de concentración industrial, éste atraerá en pocos años una población marginal, diez o veinte veces superior. Por eso es importante aquí la presencia de la Iglesia y de un modo especial de la Educación Popular Católica.

Alentados con esta firme esperanza, seguimos hasta Puerto Ayacucho. Pasamos el majestuoso río Parguaza en chalana y después tuvimos que verificar el peor trayecto, porque en este espacio faltan la mayoría de los puentes, que están sin embargo ya en construcción.

Como además llovía, las quebradas y riachuelos estaban algo crecidos, por lo cual en cada uno de esos pasos, poníamos la doble transmisión y lo que se llama el candado de las ruedas delanteras. Todos los obstáculos los sobrepasamos gracias a la pericia técnica automovilística de nuestro piloto Eugenio y a la fortaleza de nuestra Samuray.

Llegamos ese día a las tres de la tarde a Puerto Ayacucho, después de haber estado admirando la unión del Meta y del Orinoco, que forman en su confluencia un hermoso lago.

Te seguiré contando, Faustino, las variadas experiencias de nuestro viaje. Con especial cariño para todos nuestros generosos Cooperadores. María Luisa hubiera gozado como piloto de este viaje.

Un abrazo. Tuyo.

*P. José María Vélaz, S.J.*